

EL DÍA DEL ENTIERRO

Edith Wharton

Traducción de Susana Carral



I

SU ESPOSA HABÍA DICHO: «Si no la dejas, me tiro por el balcón». Él no la dejó y su esposa se tiró por el balcón.

Claro que nada de aquello había salido a la luz durante las pesquisas. Por suerte, la Sra. Trenham no había dejado ni una carta ni un diario... no había dejado papeles de ninguna clase; ni siquiera un pequeño montón de cenizas en el hogar de la chimenea. Era de esas mujeres que no parecen tener demasiadas pertenencias o estorbos materiales. Y el Dr. Lanscomb, que la había atendido desde que el esposo ocupara su cátedra en Kingsborough, testificó que siempre había sido excesivamente emotiva y nerviosa, y que no se había recuperado del todo después de sufrir la muerte de su único hijo. La declaración del médico puso fin a la investigación. En total, la cosa no duró más de diez minutos.

Y después de otro interminable lapso de cuarenta y ocho horas, llegó el entierro. Ambrose Tren-

ham nunca fue capaz de recordar lo que había hecho durante aquellas cuarenta y ocho horas. Los parientes de su mujer vivían al otro extremo del continente, en California; él no tenía familia cercana; y la casa —que de repente le resultaba extraña y desconocida, una casa que parecía no haberle pertenecido nunca— había quedado en manos de los caritativos vecinos, mujeres maternas que no hacían ruido al pisar y hombres serviles y con mucha labia que parecían un cruce de vendedores de libros con predicadores. Aquellos hombres tomaron medidas, comentaron cuestiones técnicas en voz baja con las mujeres maternas y poco después regresaron con un ataúd de herrajes dorados. Alguien preguntó a Trenham qué quería grabar en la placa del féretro y él respondió: «Nada». Más tarde se dio cuenta de que ésa no era la respuesta esperada; pero en aquel momento todo el mundo la atribuyó a que el dolor lo había incapacitado.

Antes del entierro, un momento horrible destacó entre los demás, aunque todos fueron espantosos. Se produjo cuando la Sra. Cossett, la esposa del profesor de Literatura Inglesa, se acercó a él y le preguntó:

—¿Quiere verla?

—¿Verla? —exclamó Trenham, sin comprender.

La Sra. Cossett parecía sorprendida y un poco escandalizada.

—Ha llegado el momento. Van a cerrar el ataúd.

«Oh, pues que lo cierren» estuvo a punto de responder el viudo; pero por la expresión de la Sra. Cossett supo que lo que se esperaba de él era algo muy distinto. Se levantó, salió tras ella de la habitación y la siguió escaleras arriba. Miró a su mujer. Su rostro no había sufrido daños.

Eso también había quedado atrás, igual que el funeral y el entierro. No sabía cómo, pero el tiempo había pasado. Durante el funeral, Trenham había descubierto en sí mismo —el distraído, el poco observador— la asombrosa facultad de distinguir a todos y cada uno de sus conocidos entre la multitud que abarrotaba la iglesia. Le resultaba increíble. Sentado en el primer banco, con la cabeza inclinada hacia delante entre las manos, de repente fue como si poseyera el don de saber quién estaba a su espalda y quién a cada lado. Cuando terminó el funeral, al son de «Oh, Paraíso», ocupó su puesto detrás del ataúd para recorrer tras él la nave central y, aunque seguía con la cabeza inclinada y no era consciente de mirar ni a derecha ni a izquierda,

los rostros se iban colando en su campo visual. Y entre ellos... sí, de repente, el de Barbara Wake.

La conmoción fue terrible, tan seguro estaba Trenham de que ella no acudiría. Más tarde comprendió que no tenía otro remedio, porque debía guardar las apariencias. «Las apariencias» seguían gobernando Kingsborough, ¿y dónde no mandaban, en el mundo universitario, sobre todo en Nueva Inglaterra? Pero en aquel momento, y durante un buen rato, Trenham se sintió horrorizado, como si aquello ultrajase lo que ahora era para él su sentir más sagrado. ¿Qué derecho tenía ella? ¿Cómo se atrevía? Qué indecencia... Como parte de la reacción producida por la impresión de verla, sus remordimientos ante lo ocurrido se endurecieron para volverse odio glacial hacia la mujer que había sido la causa de la tragedia. La única causa, porque en un abrir y cerrar de ojos Trenham había desechado la parte que le correspondía en la misma. «Esa mujer me tentó». Sí ¡era verdad! Eso era lo que su pobre e injustamente tratada Milly le había dicho siempre: «Eres tan débil; y ella no deja de tentarte...».

Solía reírse al considerar a Barbara Wake una seductora; ¡otro delirio de Milly! Por entonces le

parecía que era él quien siempre perseguía y la joven quien esquivaba; pero ahora la veía como su esposa la había visto y por eso la despreciaba. ¡Cuánta indecencia, acudir al entierro! Para verlo otra vez, imaginaba él... Era insaciable... Como si nunca se cansara de ponerle los ojos encima. Pero, si podía evitarlo, él se ocuparía de que no volviera a hacerlo.